La tradición de Kandinsky

Ramon Saizarbitoria

Bioleta / Saila

La tradición de Kandinsky

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: marzo 2018

Título original:
Kandinskyren tradizioa
Imagen de portada:
Aitor Arana
Diseño de portada:
Iturri
Maquetación:
Erein
© Ramon Saizarbitoria
© EREIN. Donostia 2018
ISBN: 978-84-9109-270-4
D.L.: SS-301/2018
EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia
T 943 218 300 F 943 218 311
e-mail: erein@erein.eus
www.erein.eus
Imprime: Itxaropena, S. A.
Araba kalea, 45. 20800 Zarautz
T 943 835 008 F 943 130 822
e-mail: edizioak@itxaropena.net
www.itxaropena.net

La tradición de Kandinsky

Ramon Saizarbitoria

erein

Un día, entre los libros que mi madre tomaba prestados de la biblioteca, vi uno titulado *Kandinsky y yo*, una biografía del pintor escrita por su viuda, en la que se cuenta una anécdota muy bonita. Al parecer, en la Rusia de los zares, las chicas jóvenes, siguiendo una antigua tradición, salían de casa la noche de fin de año y abordaban al primer hombre que se encontraban en la calle para preguntarle cómo se llamaba, puesto que existía la creencia de que se casarían con alguien del mismo nombre.

Una Nochevieja, Nina Kandinsky, igual que otras chicas jóvenes, salió a la calle, y el primer hombre con el que se encontró, un joven encantador según ella, le dijo que se llamaba Wassily. Sufrió una profunda decepción, pues siempre había soñado que su futuro marido se llamaría Gregor, un nombre tradicional de la vieja Rusia. Sin embargo, unos años más tarde, en 1916,

conocería al famoso pintor Wassily Kandinsky, con quien contraería matrimonio y viviría feliz durante mucho tiempo.

Cuando leí la anécdota, estábamos ya a primeros de diciembre y, no sé por qué, chaladuras que le dan a una, se me metió en la cabeza que lo que valía en Rusia no tenía por qué no funcionar aquí, de manera que me propuse hacer la prueba.

Recuerdo que se me hicieron muy largos los días esperando a que llegara la Nochevieja. A mí, como nombre, me gustaba Aitor. Me sonaba bien ser la mujer de Aitor. Siempre me ha parecido un nombre serio, rotundo, muy de hombre y absolutamente nuestro. Pero no es que me gustase porque fuera muy nuestro, por lo del dios Thor y todas esas cosas mitológicas, ni tan siquiera porque pretendiera casarme, necesariamente, con un chico vasco; quiero decir que me hubiese gustado cualquiera que fuese agradable, sensible y guapo, en ese preciso orden, con independencia de que fuera francés o, qué sé yo, panameño o de cualquier otro sitio, porque no soy nada racista, pero, a igualdad de condiciones, autóctono o foráneo, prefería un Aitor, aunque, claro, debe de ser difícil encontrarte con un chico que llamándose así no sea vasco. Bueno, que a mí me gustaba Aitor y fantaseaba con que un día, en un baile o, qué sé yo, en una exposición de pintura, porque voy a bastantes, me encontraba con un chico guapo y sensible

y agradable, agradable sobre todo, que se me presentaba diciendo: "me llamo Aitor".

Yo soy muy romántica. A menudo el romanticismo y la ñoñería van juntos, pero no es mi caso. Estoy convencida de que no soy nada estrecha, al contrario, me siento muy moderna. A pesar de todo, debo confesar que siempre pensé en mantenerme virgen hasta que apareciera el Aitor de mis sueños, pero no por razones éticas o morales sino, simplemente, porque me apetecía descubrir el sexo con el hombre a quien iba a ligar mi destino. Quizá tenga una idea excesivamente romántica del amor o simplemente, y aunque parezca paradójico, no le he dado excesiva importancia al sexo; quiero decir que no lo he magnificado y, en la medida en que no me costaba mucho guardar la virginidad, quería entregársela a quien fuera a ser mi hombre para siempre, supongo que, sencillamente, porque pienso que, digan lo que digan, los hombres sí que valoran eso.

Es la mejor forma de expresar "te he estado esperando toda la vida, Aitor, y a ti voy a entregarme". Pero ya digo que también puede ser porque, en el fondo, no me interesase el sexo tanto como a otras. Esa es una cuestión que ha solido preocuparme y, a veces, me he sentido incluso un poco acomplejada, porque la mayoría de mis amigas ya lo habían hecho y hablaban de sus relaciones sexuales con una desinhibición total y confesaban abiertamente que les gustaría hacerlo con este o con

aquel y se reían de mí cuando les decía que quería conservar la virginidad para cuando estuviese segura de haber encontrado a quien fuera a ser mi hombre para siempre.

Bueno, la verdad es que dejaron de reírse, porque, un día, harta de sus bromas y de que me tomaran por tonta –porque parece que quien no folla como una gallina es tonta–, decidí, para poner fin al asunto, decirles que yo también salía con un chico, que se llamaba Manuel, con quien mantenía relaciones. No sé por qué razón elegí ese nombre; supongo que, sólo por ser tan radicalmente distinto de Aitor, me parecía feo –sin duda, un poco vulgar sí es– y, en ese sentido, me importaba menos utilizarlo en una mentira.

Además, Manuel es un nombre muy apropiado para un chico de La Rioja –Tomás también y Gregorio más aún quizá–, y mi hipotético amante tenía que ser necesariamente riojano, porque mis padres tienen una casa en Labastida, un pueblo de la Rioja alavesa, a la que vamos de vacaciones desde siempre, y también algún fin de semana –mi padre, sobre todo, va cada vez con más frecuencia porque dice que le conviene el clima–, y así, además de resultar muy creíble que le había conocido en Labastida y que vivía allí, resultaba más fácil de justificar el hecho de que no se lo presentase a mis amigas.

Cuando empecé a hablarles de Manuel, no tenía previsto un perfil de su persona; quiero decir que no me

había tomado la molestia de elaborar un personaje con características definidas; me limité a buscarle un nombre y poco más. Lo fui creando sobre la marcha, conforme les contaba cosas, sobre todo porque no tenía más remedio que responder a las preguntas de Rosa; inventaba detalles, añadía matices, iba dando cuerpo a ese personaje y, aunque parezca mentira, jamás tuve miedo de incurrir en alguna contradicción, seguramente porque, en el fondo, estaba muy segura de las cualidades que debía reunir el hombre del que fuese a enamorarme.

La primera vez que les hablé de él, el día que les di la noticia –"Salgo con un chico de Labastida", les solté, y se quedaron de piedra–, además de decirles el nombre, les conté que estaba estudiando una carrera, a punto de terminarla ya, porque siempre he deseado que el chico con el que saliera fuera culto, y que los fines de semana, así como en vacaciones, hacía algún trabajo, porque es algo que se ve mucho en las películas de universitarios americanos y me gusta esa actitud emprendedora. Como digo, elaboré nuestra historia según la contaba; un detalle me llevaba al otro y este al siguiente.

En La Rioja tienen mucha costumbre de organizar fiestas de vecinos y, aunque no soy muy aficionada, un día me apunté a una y allí estaba cuando se me acercó él y, desde el primer momento, me pareció agradable, dulce, delicado, porque eso era lo que necesitaba yo, un chico agradable, dulce y delicado, y se interesa por mis

gustos y yo, claro, le digo que soy aficionada a las Bellas Artes, que sobre todo me gusta Kandinsky, el creador del arte abstracto, y él se pone muy contento porque es un ferviente admirador de Kandinsky. Luego me pregunta si sé cómo inventó Kandinsky la pintura abstracta y yo le digo que no, claro. Eran cosas que me sabía de haberlas leído en la enciclopedia *El arte de la A a la Z* que me regaló mi padre, y Rosa no tenía más remedio que oírlas, aunque no le interesaban nada, con la esperanza de que derivase hacia algo más entretenido. Así que Manuel me cuenta que Kandinsky era miope y cómo, estando un día en su taller, vio un cuadro en el suelo, apoyado contra la pared, compuesto exclusivamente por manchas de colores y sin ningún elemento figurativo aparente, pero que le pareció muy hermoso. Cuando se acercó a él y reconoció uno de sus cuadros, colocado del revés, comprendió que su pintura no necesitaba de la figura, y así nació el arte abstracto. De manera que Manuel me dice: "así empezó todo", y yo le confieso que me parece una historia muy bonita, y entonces él añade: "quizá esté empezando ahora nuestra historia".

–¿Qué más? –solía querer saber Rosa–. ¿Y luego qué?

Le dije que al día siguiente me hizo llegar un libro: *Madame Bovary*. Porque también hablamos de literatura. Me dice que algunos clásicos son más entretenidos que

muchos libros de evasión, porque esa es mi propia experiencia; *Ana Karenina*, por ejemplo, a medida que la iba leyendo, me daba pena que se me acabase, y como esa otras. Me pregunta si me he leído *Madame Bovary* y le digo que no –es cierto que no me la he leído, pero conozco el argumento–, y entonces me cuenta que es la primera novela moderna y que Flaubert se inspiró en sí mismo para dibujar el personaje de Emma –"*Emma Bovary c'est moi*", parece que dijo–, que eran cosas que me sabía de clase. Y así, al día siguiente me hace llegar un paquete muy elegante que contenía un ejemplar de *Madame Bovary* con una dedicatoria –"Mirando a Miren maravillado", fue lo que se me ocurrió– y un trébol de cuatro hojas.

Aunque no la había pensado mucho, la verdad, a Rosa la dedicatoria le hizo gracia, pero sobre el trébol de cuatro hojas me soltó que los producían expresamente así, con cuatro hojas, mediante manipulación genética, y que por eso carecían de eficacia en cuanto a lo de traer buena suerte. Yo creo que lo que le ocurría era que le daba rabia que saliese con un chico atento y sensible como Manuel.

El invento me vino de perlas para, además de poner fin a las bromas de mis amigas y aumentar mi nivel de autoestima, poder quedarme en casa cuando no tenía ganas de salir, ojeando libros y pintando acuarelas, que es lo que de verdad me gusta, con la excusa de

que tenía que irme a Labastida para verme con Manuel.

Pinto al estilo de Kandinsky, utilizando colores claros y alegres entre los que dominan el azul y el rojo –y el amarillo–, y cualquier día de estos me pasaré al óleo, aunque me da un poco de apuro porque eso son ya palabras mayores.

Tras aquellos fines de semana que, supuestamente, pasaba yo fuera, mis amigas me interrogaban tratando de sonsacarme lo que había hecho con Manuel; querían saber hasta dónde habíamos llegado, dónde y cómo me había acariciado, exigiéndome detalles que yo trataba de eludir, en parte por vergüenza y, sobre todo, porque, al margen de las artes plásticas, tampoco soy muy imaginativa. Pero, Rosa sobre todo, quería detalles –solía repetir que le gustaba saborear los matices– y me cosía a preguntas.

Una vez, se puso especialmente pelma queriendo saber cómo hacíamos el amor. Yo me negaba a contarle nada invocando mi derecho a la intimidad, pero ella insistía en pedirme que le contase, al menos, cómo nos desnudábamos –"dime, aunque sólo sea eso", me rogaba–, con tanta vehemencia que incluso llegué a pensar que me tendía alguna trampa, porque ignoraba si no existía alguna pauta de conducta en lo referente a desnudarse. Pero, aunque como digo, me resistí como pude, finalmente, cansada ya, opté por decirle que

simplemente nos habíamos desnudado; que nos desnudamos y que, sin más, nos metimos en la cama.

Me pareció que era la manera más sencilla, no sé, la más natural, la más sana. En cualquier caso, es lo que se me ocurrió pensar que habría hecho. No me atraen esas escenas de las películas en las que las parejas aparecen revolcándose, jadeantes, como si tuviesen la rabia, que más que haciendo el amor parece que estén matándose y que no les importa que se les haga jirones la ropa, de la que tratan de despojarse mutuamente, y en las más románticas, resulta evidente que está ensayado, porque es imposible que salga todo tan bien, tan medido, tan sincronizado, pues en mi experiencia, al menos, cuando ofrezco la mejilla derecha pretenden besarme en la izquierda, y las veces que han intentado quitarme el sujetador lo he tenido que hacer yo misma para que no acabaran arrancándome los corchetes.

Rosa estalló en una carcajada, y las demás también se rieron como locas cuando les fue con el cuento, cosa que hizo en cuanto tuvo ocasión. Mi riojano era un pobre ignorante, un pardillo que no se sabía lo más elemental del juego amoroso, aunque bien me lo merecía por ser incapaz de ponerme una lencería de encaje como la ocasión exigía, porque ellas, como es obvio, se la ponen siempre que salen con chicos y vislumbran la mínima posibilidad de intimar en la relación.